**HOMILÍA EN EL SESENTA ANIVERSARIO DE LA ORDENACIÓN EPISCOPAL DE MONS. ÁNGEL RIESCO CARBAJO**

Queridas hermanas:

Celebramos con gozo esta eucaristía pascual en la que recordamos con memoria agradecida la Ordenación Episcopal de vuestro fundador D. Ángel Riesco Carbajo. Damos gracias a Dios por lo que ha supuesto para la Iglesia la vida de D. Ángel y, particularmente hoy, por su misión episcopal en Asturias y en Navarra.

La formación comillense de D. Ángel se nota en muchos de sus escritos y meditaciones, pues, rezuman por todas partes el espíritu ignaciano de los Ejercicios espirituales. Como San Ignacio invitaba a hacerse composición de lugar para hacer discernimiento de lo que el Señor nos pide en cada momento.

En esta mañana os invito a hacer también nosotros composición de lugar trayendo a la memoria los pensamientos y sentimientos que vivió D. Ángel aquel uno de mayo de 1958, cuando era ordenado obispo de Limisa por el Cardenal Ildebrando Antoniutti, entonces nuncio en España. Estoy seguro que su pensamiento se dirigía hacia la Cruz de Cristo y su sentimiento más profundo era el de pedir a Dios la fuerza necesaria para amar hasta el extremo a todas las personas que en adelante se cruzaran en su camino.

Deduzco estos sentimientos de su concepción del sacerdocio que expresa con claridad en sus meditaciones: “El sacerdote no es otra cosa que ofrecerse al Señor en el sacrificio de la Misa. Subir al calvario, a la cruz. No hay más en esto. Quien no tenga estos ideales de sufrimiento y de cruz, en nada se diferencia de un seglar. Jamás podrá ser un buen sacerdote. El que no piensa más que en pasarlo bien, lo más cómodamente posible, no se asemeja a Jesucristo, no es sacerdote según el Corazón de Cristo. La almas no se salvan más que desde lo alto de la cruz” ¡Que hermosas y profundas palabras sobre la esencia y la misión del sacerdote! ¡Cuánto nos ayudan a los que hemos sido ordenados obispos para saber que el sufrimiento y la cruz son inseparables de nuestra misión apostólica!

D. Ángel sabía muy bien que al ser consagrado obispo recibía la plenitud del sacramento del orden, llamado por los Padres de la Iglesia “supremo sacerdocio” o “totalidad del ministerio sagrado” (LG 21), asumía, pues, una cruz mayor, un sufrimiento martirial con Cristo. El Espíritu Santo descendió sobre él y lo llenó de sus dones para engrandecer el amor divino que ya había sido derramado en su corazón en el bautismo y la confirmación. Ese amor será un amor de obispo, padre de todos, especialmente de los pobres y los necesitados. Por eso necesitaba una nueva efusión del Espíritu para amar sin límites, perdonar sin límites, aguantar sin límites, entregarse a los demás sin límites. Estoy seguro que en aquel momento D. Ángel sintió en su corazón cómo el Señor lo coronaba con su misma corona de espinas para que, acompañándolo en su Pasión, pudiera participar de su resurrección.

En la Exhortación sobre la santidad *Gaudete et exultate,* el Santo Padre propone cinco notas que considera de singular importancia ante los riesgos y límites de la cultura de hoy. Sólo quiero fijarme en la primera anota que despliega en tres actitudes: aguante, paciencia y mansedumbre. Veamos como D. Ángel las asumió como propias en su pensamiento y en su vida episcopal.

D. Ángel aguantó firme en el Señor porque sabía que nada ni nadie podía apartarlo del amor de Cristo. Aceptó con humildad los desprecios y hasta las humillaciones. Tenía asumidas en su mente y sobre todo en su corazón las palabras del apóstol san Pablo a los Romanos: “No os tengáis por sabios. A nadie devolváis mal por mal. Procurad lo bueno ante toda la gente” (Rm 12, 17-18). Con esta actitud, D. Ángel vencía aquellas humillantes situaciones a las que se veía relegado. Un signo claro de su santidad es que las humillaciones en vez de herir su corazón y dejarlo abierto al rencor lo dejaban lleno de paz y de consuelo. Sólo la gracia de Dios puede hacer esto en el alma de los seres humanos.

“La paciencia todo lo alcanza”, decía Santa Teresa. En el caso de D. Ángel su espíritu episcopal estuvo siempre en paz, sin odio, sin rencor y sin deseo de venganza contra nada ni contra nadie. Se preguntaba D. Ángel en uno de sus escritos: “¿Qué es lavar yo los pies a los superiores? Es quitarles sus faltas, no desear mal por sus faltas, no hablar mal de sus faltas porque hablar mal es ensuciarles más lo pies. No hacerles nada mal, no hacerles nada mal por sus faltas porque es mancharles más los pies” (A. Riesco, *Amor que configura. Última Cena)* ¡Cuánto necesitamos aprender todos de esta actitud de D. Ángel no sólo frente a los superiores sino frente a todo el mundo! Nuestro natural nos incita a examinar y criticar la mota de polvo en el ojo ajeno y a difundirlo, cuando en realidad deberíamos ayudarle a quitar ese defecto. Para hacer esto nuestra naturaleza tiene que ser elevada por la gracia divina. Por eso debemos pedir al Señor que nos ayude a soportar con paciencia las contrariedades y defectos de los demás sin buscar nunca su humillación sino procurando siempre su rehabilitación.

 “Dichosos los mansos porque de ellos es el Reino de los cielos”. El Señor llama mansos a aquellos discípulos que ponen sólo en Él su confianza y se aborrecen a sí mismos. Son los que cargan con la cruz de cada día detrás de Él, camino del Calvario; los que ofrecen sus sufrimientos para que en virtud del Cuerpo Místico de Cristo repercuta en otros como gracia y don. D. Ángel asume su situación de anonadamiento episcopal con verdadera mansedumbre y lo manifiesta especialmente renunciando a su último cargo de obispo auxiliar de Tudela para dedicarse con alma y cuerpo a vuestra obra, la obra de las Misioneras apostólicas de la caridad. Es un signo claro de mansedumbre y de amor a Dios, a la Iglesia.

Pidamos al Señor en esta eucaristía la gracia del reconocimiento eclesial de sus virtudes heroicas para que avance por buen camino el proceso de canonización. A la Virgen y a San José Obrero nos encomendamos para que nosotros también sepamos aguantar con paciencia y mansedumbre las contrariedades de la vida confiando siempre en el consuelo de Dios que nos acaricia con su misericordia y con su amor.

† Juan Antonio, obispo de Astorga